

CARLOS FAZIO

El tercer vínculo

*De la teoría del caos
a la militarización de México*

Prólogo de
Lorenzo Meyer



PRÓLOGO

DESCRIBIR y explicar lo que ocurrió en una sociedad cuando el fenómeno bajo estudio ya cumplió su ciclo vital y se convirtió en historia, no es tarea fácil, y las diversas escuelas y corrientes historiográficas mantienen una lucha interminable sobre las posibilidades de interpretación. Sin embargo, tratar de hacer lo mismo con el presente —explicarlo— es algo mucho más arriesgado, pues el humo, el estruendo y el polvo levantado por los conflictos que aún se están desarrollando, impiden la perspectiva mientras que la realidad obliga al autor, quiéralo o no, a ser participante en el acontecer, a ser juez y parte. Carlos Fazio es consciente del problema, y en ésta y en sus otras obras no pretende que se le tome por un observador distante en busca de objetividad —eso no existe—, sino que claramente toma su lugar en las filas de los inconformes, de los que demandan un cambio sustantivo en la dirección y naturaleza del proceso político mexicano actual.

Entender el presente es una tarea difícil en extremo y, sin embargo, es imposible no intentarlo. Como miembros de una comunidad política, simplemente no podemos tomar decisiones sin antes hacer el esfuerzo por ubicarnos, por trazar un mapa, aunque sea provisional o imperfecto, que nos permita saber de manera individual y colectiva donde estamos situados, cuáles son y dentro de que parámetros se mueven, las fuerzas que moderan nuestro presente y condicionan el futuro, pues sólo así se pueden fijar metas, conocer los alcances y límites de las fuerzas y actores que intervienen en el proceso y trazar las rutas y caminos más lógicos para evitar los peligros de los choques violentos, los callejones sin salida o los retrocesos.

Hoy, cuando está por llegar a su fin el siglo XX, las ciencias sociales han perdido —afortunadamente— mucho del dogmatismo que las caracterizó durante una buena parte del mismo especialmente en el periodo de la llamada guerra fría (1947-1990), en donde el imperativo ideológico se impuso al espíritu de la duda sistemática que debe de animar a la verdadera búsqueda de los cómo y los porqué. En la actualidad, son cada vez menos los que todavía pretenden tener la llave de la verdad sobre la naturaleza del presente social y su futuro. El que el dogma esté quedando marginado, no significa que el analista de hoy no pueda ser contundente en su visión del problema. La responsabilidad de la contraparte, el público, es hacer acopio de información y alternativas, para llegar a su propia conclusión y enfrentar de manera ética y práctica los dilemas, incertidumbres y peligros propios de la acción responsable del ciudadano en una época que se caracteriza, al menos en México, por ser el fin de un largo ciclo histórico de monopolio del poder y de rechazo a las posibilidades de la vida democrática.

El lector interesado en descifrar los signos del tiempo actual, va a encontrar en estas páginas comprometidas y apasionadas, una de las perspectivas desde las cuales se puede entender el proceso político mexicano. Es una visión hecha desde la izquierda que, a la vez que explora los fenómenos que apuntan en la dirección de un México más activo en la defensa y promoción de los derechos e intereses de los grupos y clases sociales mayoritarias, no minimiza el poder de los intereses creados para resistirse al cambio e incluso contraatacar, al punto de poder buscar el establecimiento de un autoritarismo menos embozado, más directo que el que se desarrolló a la sombra de una revolución mexicana que hace tiempo dejó de tener vigencia.

Es notable que en este tiempo mundial de caídas, tanto de muros de cal y canto como ideológicos, hayan llegado al poder en varios países, entre ellos el nuestro, precisamente algunos de los últimos dogmáticos. Me refiero, claro está, a los creyentes en la teoría económica neoliberal, que insiste en que la lógica de la asignación de los recursos debe estar guiada por el mercado, no obstante el elevado costo social que conlleva. En México este problema no sería en particular grave si ya estuvieran en su lugar los mecanismos de la democracia política que permitieran a las víctimas del mercado, a los inmodernizables, defenderse de los dogmatismos de manera pacífica, institucional y eficiente. Sin embargo, resulta que justamente esos mecanismos en virtud de los cuales los muchos pueden intentar neutralizar a los poderosos, aún no existen en México. En contraste, la brutalidad y la velocidad del proceso económico de apertura de mercados, disminución de la responsabilidad del Estado y privatización, están polarizando a la sociedad, a un ritmo que hace temer que se pueda perder la gobernabilidad.

Al inicio de los años ochenta, y como resultado del fracaso de la clase política tradicional —cuyo mecanismo favorito de control era la cooptación bajo el manto de un aparato estatal omnipresente—, un puñado de jóvenes tecnócratas particularmente ambiciosos, trabajando desde dentro, se apoderaron de los centros neurálgicos del viejo sistema autoritario mexicano. El nuevo grupo impuso al conjunto un liberalismo francamente selectivo, que se aplicó en algunas áreas de la economía pero no en todas, y que en la política de plano se rechazó, aduciendo que combinar transformación económica con cambio político era inevitable. Como la tecnocracia no confiara en que el público mexicano aceptara la bondad de su esquema, desde el principio se propuso usar los viejos mecanismos autoritarios de control político —notablemente una presidencia sin contrapesos y un partido de Estado— para enfrentar las resistencias e imponer sus prioridades en el menor tiempo posible. Fuera de la estructura burocrática, la revolución neoliberal y tecnocrática encontró un apoyo muy decidido en los intereses económicos, nacionales y extranjeros, a los que favoreció la lógica del mercado en condiciones no democráticas.

La lentitud del crecimiento económico combinada con la rápida concentración

del ingreso en México en el último decenio, es un indicador dramático de los efectos reales del modelo económico impuesto en nuestro país a partir de la crisis de 1982; en 1994 el 100 por ciento de los hogares más ricos recibieron el 41.24 por ciento del ingreso disponible en tanto que el 10 por ciento más pobre apenas sobrevivió con el 1.01 por ciento.¹ Mientras en 1996 tres millones de familias mexicanas viven, según cálculos conservadores, en la pobreza extrema, hay 15 familias —los Slim, Peralta, Azcárraga, Bailleres, Garza Sada, Romo Garza, Larrea, Aramburuzabala, Zambrano, Garza Lagüera, González Barrera, Saba, Arango, Autrey y Salinas Pliego—, cuyos activos, según cálculos internacionales, sumaban 36.3 millones de dólares.² Desde luego, se trata de una lista incompleta, pues no incluye los apellidos del gran dinero hecho directamente desde los cargos de responsabilidad política como resultado de la corrupción y el tráfico de influencias.

El tercer vínculo es una interpretación del presente mexicano centrada en las consecuencias políticas del dislocamiento que ha causado en las estructuras sociales y en las instituciones políticas, el choque y la guerra sucia entre el autoritarismo y el radicalismo de los años sesenta y setenta, combinados con la resistencia a los rápidos cambios económicos y sociales impuestos a la sociedad mexicana a partir de los años ochenta. El golfo que hoy separa a las clases, grupos y regiones, se ha ensanchado al punto de someter ya a una tensión muy peligrosa los amarres sociales. México vive una crisis de fin de régimen donde han surgido nuevos actores pero, a la vez, nadie está en control del complejo y contradictorio proceso de cambio. Bien empleada, esta situación tiene la posibilidad de empujarnos a una salida positiva —a la transición democrática—, pero también, puede hacernos desembocar en una solución catastrófica, producto del choque entre los intereses creados —los internos y los externos, los viejos y los nuevos— y la organización y resistencia, a veces violenta, de los afectados.

Nadie puede pretender con éxito tener la verdad en el análisis y explicación de la dinámica de sistemas tan complejos y contradictorios como son las sociedades contemporáneas, especialmente las subdesarrolladas. Pero tampoco se puede intentar la neutralidad, pues es imposible. Todo intento de descripción y explicación de una coyuntura histórica como la mexicana, inevitablemente significa una toma de partido. El esfuerzo de Carlos Fazio por entregarnos una lectura de la complicada y peligrosa coyuntura mexicana de mediados de los años noventa, toma como punto de arranque al intenso año de 1994, aunque con algunas incursiones necesarias hacia el cuarto de siglo anterior. Su actor central es uno

¹ Instituto Nacional de Estadística e Informática, *Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares*, México, INEGI, 1995.

² *Forbes*, 15 de julio de 1996.

de los extremos de la resistencia a la injusticia provocada por el viejo autoritarismo y el nuevo reordenamiento neoliberal de la sociedad mexicana: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), la nueva generación de insurgentes mexicanos.

En sistemas complejos como son los sociales, no opera el principio físico de que a toda acción corresponde una reacción en sentido inverso y de igual magnitud. No, una acción social masiva, como la insurgencia electoral de 1988, por ejemplo, puede finalmente desembocar en cambios relativamente secundarios dejando a las viejas estructuras casi intactas. En contraste, el empuje de un actor relativamente débil como el EZLN pero que presiona en un sitio estratégico y en un momento adecuado: el 1 de enero de 1994, cuando entra en vigor el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, puede desencadenar reacciones de magnitud muy superiores a la que corresponde a su fuerza. En efecto, el levantamiento en armas de dos o tres mil indígenas en las lejanas cañadas chiapanecas, se desarrolló de tal manera que golpeó uno de los talones de Aquiles del sistema autoritario mexicano —el de la legitimidad— en un momento de gran vulnerabilidad —cuando el gobierno mexicano pretendía ser tomado como ejemplo de modernización exitosa por los países centrales. La reacción desatada resultó de una magnitud tal, que a casi tres años del hecho, la onda expansiva del estallido inicial sigue haciendo mover y chocar las piezas del inestable tablero político mexicano.

El análisis y las conclusiones sobre la coyuntura política mexicana contenidas en *El tercer vínculo* son polémicas, pero el tema que esta obra pone sobre el tapete de la discusión es importante en extremo y no debe ser ignorado so pena de pagar un precio muy alto. Es evidente que como reacción al surgimiento del EZLN primero y del Ejército Popular Revolucionario (EPR) después, y también como reacción a la impotencia y corrupción de la policía y del aparato civil ante las actividades del narcotráfico y del crimen organizado, el ejército mexicano se ha convertido en un actor político central. En efecto, el ejército ha transitado en unos cuantos años de las márgenes del sistema de poder —en donde había sido cómodamente colocado al concluir la segunda guerra mundial—, al centro mismo del escenario político. En realidad, hoy hay momentos en que se tiene la impresión de que el régimen desgastado y bajo asedio, se apoya más en los militares que en el partido de Estado. Ésa era la situación en el origen del sistema, allá en los años veinte y treinta; el gran logro político de la posrevolución fue desplazar, poco a poco, al poder militar de los centros de decisión. Medio siglo más tarde, el proceso político parece estar recorriendo el mismo camino pero en contrasentido, y las consecuencias de ello pueden ser desastrosas.

Los generales y jefes que hoy controlan al ejército mexicano fueron socializados en una cultura política muy alejada del militarismo. Las bases de esa educación eran la fuerza de un sistema político de bases civiles masivas y la inexistencia de otro ejército profesional al cuál confrontar: en el norte el poder

militar era fuerte en exceso y en el del sur débil también en exceso. La dura experiencia propia —el golpe militar de 1913 desembocó en una cruenta guerra civil y en la destrucción misma del ejército que lo dio— y la serie de experiencias negativas de que está llena la historia del militarismo latinoamericano de este siglo, permiten suponer que los dirigentes de las fuerzas armadas mexicanas no serán fácilmente convencidos de abandonar su actual posición institucional para adentrarse en los peligros que entraña asumir directamente el poder en un momento en que el problema social se agudiza y la democracia es la única forma con legitimidad política en América Latina.

Es preocupante ver la cercanía de los mandos militares mexicanos con sus contrapartes en Estados Unidos, pero debe insistirse ante los responsables políticos en Washington que no está en su interés de largo plazo alentar la transformación del papel político del ejército mexicano. La prioridad norteamericana en México en el siglo XX es la estabilidad política, y ningún gobierno dirigido o apoyado en las bayonetas puede ser el garante de la estabilidad de largo plazo, sino todo lo contrario. Así lo consideró el presidente Woodrow Wilson cuando en 1913 le retiró su apoyo al general Victoriano Huerta, y eso es más cierto hoy, cuando sin el pretexto de la guerra fría, simplemente ningún gobierno militar puede pretender que se le reconozca legitimidad a una dominación basada directamente en la fuerza.

Un examen inteligente, frío y realista del proceso político mexicano, debería llevar a la izquierda, a la derecha y al centro, a los actores nacionales y extranjeros, a la conclusión de que la única salida viable a la crisis histórica del régimen autoritario posrevolucionario, es su transformación en un sistema plural y democrático. Desde esa posición y con los instrumentos propios de la democracia, se debe y puede atacar el problema histórico de fondo: el creciente problema social. Ninguna modernidad es posible en México si no se le incorpora activamente a la mitad de la población que, hoy, está marginada. Ésa es la vía para desarmar definitivamente a la nueva ola guerrillera, y ésa es la vía para incorporar al esfuerzo nacional, la energía social actualmente desperdiciada de tres o cuatro millones de familias mexicanas que hoy no son parte del futuro en un sentido positivo.

Carlos Fazio ha cumplido con su papel de escritor: presentarnos lo que es en función de lo que puede ser, y ahora le toca al lector, al ciudadano, asumir su papel como parte activa en la discusión y la acción para construir un futuro colectivo que enfrente los problemas que se han arrastrado por mucho tiempo sin llegar a resolverlos: el indígena, el de la marginalidad y el de la democracia. Aún es tiempo de evitar un nuevo ciclo histórico que arranque con una solución catastrófica.